

pusieron en relaciones con Mecenas, el cual desde entonces cada día le mostró mas amistad, hasta que se convirtió en su decidido protector. En el año 38 fué admitido ya Horacio en el número de las personas de confianza del influyente hombre de Estado; al año siguiente pudo renunciar su empleo, y en el 37 recibió de Mecenas como presente una linda posesion en el país de los Sabinos, al Norte de Tibur, con lo cual el poeta, que era moderado en sus necesidades, tuvo una posicion independiente. Allí pasó Horacio, especialmente en los últimos años de su vida, la mayor parte de su tiempo. Mecenas, que intimó mucho con él, le presentó al emperador, quien le mostró grande afecto, á pesar de que Horacio ostentaba con cierta dureza su independencia personal aun delante del mismo Augusto. Horacio murió poco despues que su amigo Mecenas, espirando el día 27 de noviembre del año 8 antes de J. C. El carácter de este poeta y de sus producciones ponen de manifiesto de un modo enérgico, uno de los lados de la época de transicion del pueblo romano desde la guerra civil y la agonía de la república al nuevo orden de cosas bajo la direccion fuerte y prudente de Augusto. Tambien Horacio pasó por un período de entusiasmo como suele tenerlos el corazon de la juventud ante la grandiosa lucha de principios; pero la jornada de Filipos le hizo cambiar de modo de pensar, y aunque conservó cierto amor á los derruidos ideales del pasado, comprendió que no le quedaba mas remedio que resignarse. Su penetrante y práctica comprension le mostró en seguida el camino que debía seguir en la nueva vida que se iniciaba bajo el mando de los vencedores y finalmente del último vencedor Octavio. No se busque en Horacio gran desarrollo de la fantasía ni vuelo ideal del pensamiento y de los sentimientos; pero se hallan en él claridad deslumbradora, soltura y profundidad de ingenio y extraordinario conocimiento del mundo y de los hombres tal como eran entonces. Se habia convencido plenamente de que el principado, y especialmente el de Augusto, era una necesidad y al mismo tiempo un beneficio para los romanos; y acorde con las ideas de Augusto, recomendaba la sencillez, la frugalidad y la tranquilidad del espíritu. En cambio, supo conservar con gran firmeza y seguridad su situacion independiente ante los grandes de la corte, sin comprometerse en lo mas mínimo. El poeta, á quien las innumerables observaciones y la experiencia de su vida no habian agriado el carácter, sino que le habian dado una ironía fria y alegre, poseia una tranquilidad de espíritu y un equilibrio de cualidades que le proporcionó una vida satisfecha léjos de los negocios del Estado. Su filosofía de la vida, pues Horacio, por su naturaleza reflexiva, si estaba cerca de los principios de los epicúreos, no dejaba de apreciar en alto grado la moral seria de los estoicos, pareceria muy egoista si no estuviera modificada por su tacto, su dulzura y su amabilidad. La moderacion, el estar completamente exento de pasiones, la habilidad de no entregarse nunca enteramente, de no perder la tranquilidad por nada, de contentarse con lo que se tiene, de gozar del día presente sin pensar en que existe un mañana y considerando que la vida es corta; cultivar la amistad, el amor y las musas, tales eran los principios en que fundaba la ciencia de la vida. Finalmente su vasta instruccion, su buen gusto y la claridad de su lenguaje prestaban tal atractivo á sus poesías que aun le conservan hoy día. Entre muchas producciones poéticas de Horacio trataremos ahora solo de dos. Por una parte cultivó en su primer período (hasta la catástrofe de Accio) el antiguo campo de la sátira; solo que atendiendo á las circunstancias por que atravesaba el país, evitó el tratar de los asuntos políticos; y en cambio se dedicó con preferencia, usando la medida de los versos épicos, con su buen humor y su crítica irónica, á poner de manifiesto las faltas sociales

y literarias y las locuras de su época. En la de su madurez trató de implantar en el suelo romano á Alceo y á Safo. La imitacion de tales modelos y el uso de las formas de aquellos autores griegos para expresar sucesos de su época, cosa que hacia con mano maestra gracias á sus conocimientos lingüísticos, dieron lugar á la creacion de sus odas, á la cual siguieron sus epístolas, en las que volvió á usar la forma épica y que en su contenido son análogas á las sátiras, solo que en sus epístolas demuestra un talento completamente maduro.

De condiciones enteramente distintas de las del ingenioso poeta venusino fué Albio Tibulo, de la clase de los caballeros (nació en Roma el año 54 antes de J. C. y murió el 19 antes de J. C.), el cual cultivó con preferencia la elegía, haciendo poesías que por su dulzura, lo agradable del lenguaje y la perfeccion del ritmo son ornamento de la literatura de aquel tiempo. Este poeta seguia á los alejandrinos; escogia casi exclusivamente asuntos eróticos; evitaba entrar en el terreno científico, y sabia pintar con gran arte y sencillez de lenguaje al mismo tiempo los sentimientos y alegrías de la vida del campo y el amor profundo. Sexto Propercio era hijo de un plebeyo acomodado (nació el año 49 antes de J. C. en la Umbría, quizas en Asisio) y se educó en Roma, muriendo al año 15 antes de J. C. Propercio, que como Virgilio y Horacio era uno de los favoritos de Mecenas, como Tibulo se dedicó solo á las elegías, siendo poeta erótico. Pero en sus composiciones siguió las huellas de sus predecesores alejandrinos, aunque les sobrepujó en fuego y pasion; y por otra parte sus versos, menos llenos de ciencia, son mas agradables y enérgicos que los de sus célebres contemporáneos. El elemento erótico es mucho mas apasionado que en el ideal Tibulo; en este sentido se muestra libre el poeta, mientras que en los asuntos políticos procura obtener el favor de la corte.

Es indudable que tenían gran importancia para Augusto el esplendor que el florecimiento de la bella literatura durante su reinado daba á su época y la influencia que ejerció sobre los muchos representantes de la literatura; no obstante, el principado se fortaleció y adquirió gran popularidad especialmente por la manera imponente y favorable para el bien público con que el emperador hizo uso del poder extraordinario concentrado en sus manos. Mas adelante veremos la influencia que tuvo en las provincias imperiales, en el ejército y en la política exterior; aquí solo tenemos que tratar de los trabajos legislativos de Augusto y de su administracion en la capital y en el corazon del imperio.

Augusto, á quien no puede negársele que se hizo mas grande á medida que sus ideales crecieron en importancia, no rehusó cumplir el deber de ser el regenerador del país, que por la mala administracion, por la oligarquía y la guerra civil y por su propia culpa, tanto habia descendido. En primer lugar tuvo que restablecer el orden y el celo en todos los puntos, en el ejército, en el pueblo y en toda la península, y además, despues de publicadas múltiples disposiciones y leyes para conseguir este objeto, tuvo, sobre todo, que vigilar para su exacto cumplimiento. A lo primero que debía acudir era indudablemente á restablecer la seguridad pública, muy comprometida al fundarse el principado, y solo podía obtenerse este resultado por el momento aumentando de un modo duradero la vigilancia de la policía, mientras se lograba, por medio de otras reformas favorables al bienestar del pueblo italiano, disminuir los pobres y la falta de propiedad y secar así las fuentes de donde procedian los ejércitos de bandidos y vagabundos que cada día se iban haciendo mas numerosos. Para la capital era necesario algo mas, y ya veremos que en el reinado de Tiberio se estableció una prefectura de policía fuerte y permanente. Tambien veremos

las fuerzas militares que eran necesarias para sujetar las masas de la populosa capital, que comprendiendo los esclavos, numerosos por cierto, contenia un millon ó 1 $\frac{1}{4}$ millones de habitantes. Hemos visto ya que Augusto habia creado en Roma un cuerpo numeroso encargado de apagar los incendios. Para disminuir ciertos males, antiguos ya, tomáronse varias disposiciones acertadas, por ejemplo, la de reducir las bandas de gladiadores, que tanto habian crecido en los diez últimos años de la república. No podian darse espectáculos de luchas sin permiso del Senado, y al mismo tiempo, para que ningun hombre importante pudiese tener á su disposicion un número de personas armadas capaz de perturbar la tranquilidad de la ciudad, se fijó en 120 hombres, ó 60 parejas, el número de gladiadores que un pretor podia presentar en los juegos.

Desgraciadamente existian en la capital males profundos que tenían su origen en la historia de la república y en el carácter de los romanos, los cuales se burlaban tanto mas de todas las medidas destinadas á corregirlos cuanto que la política del principado y de los emperadores, y sobre todo de Augusto, daba lugar á que se hicieran muchas cosas que debian retrasar considerablemente la mejora de las circunstancias de la capital. Los emperadores, á pesar de todo su poder, se hallaban bajo la presion abrumadora de un orden de cosas establecido desde hacia mucho tiempo, y todas las medidas dirigidas á mejorar la situacion de la capital, solo tenían el valor y la eficacia de paliativos. El mal fundamental era la mala alimentacion de la mayor parte de los hombres libres del pueblo, de la llamada *plebe urbana*, que contaba entonces el número de 320,000 hombres y 270,000 mujeres. En los cuadernos de esta obra en que se trata de la historia de la república romana se ha demostrado repetidas veces que no solo todos los proletarios libres de la península se dirigian á la capital sino que los muchos esclavos que sostenian las familias ricas impedian que el trabajo libre tuviera importancia. A ello contribuia la invencible repugnancia de los fieros romanos á prestar servicios personales á otros individuos y el desprecio con que miraban muchos trabajos útiles, que se abandonaban á los libertos y á los extranjeros procedentes de Grecia y del Oriente. Así sucedia que una parte muy considerable de la plebe libre de la ciudad vivia en una pobreza solo soportable por la sobriedad en el comer y el beber de los habitantes del sur y porque el deseo de tener un abrigo no obraba con tanta fuerza sobre los romanos como hoy día sobre los pueblos situados al Norte de los Alpes. Aquel pueblo romano, durante mas de sesenta años habia ido perdiendo su antigua altivez y se habia corrompido del modo mas espantoso, y las innumerables revoluciones y revueltas dejaron un espíritu inquieto unido con una desmoralizacion extendida por todos lados. La larga lucha de los grandes habia acostumbrado al pueblo, no solo á vender sus votos, sino tambien á verse entretenido y halagado con brillantes *juegos* de todas clases; pero era aun mucho peor el que desde los tiempos de los Gracos se habia convertido en arma política la distribucion gratuita ó á bajo precio de los granos; y precisamente en este asunto, Augusto no pudo hacer mas que contemporizar. En la situacion agrícola de la península, Roma se veia obligada á acudir á la importacion de granos extranjeros, de los cuales Egipto proporcionaba un tercio, y el Africa y los demás países productores los otros dos tercios. Tan pronto como el emperador hubo tomado á su cargo la direccion de las provisiones, fué su principal cuidado el mantener al pueblo en buenas disposiciones procurando el aprovisionamiento. Además, siguió la buena práctica de César, y trató por una parte de disminuir la poblacion inútil mandando proletarios romanos á colonias nuevas; y por otra, procuró

reducir á 200,000 hombres (hasta el año 2 antes de J. C.) el número de los habitantes de Roma que tomaban parte en la distribucion mensual de pan.

Sin embargo, no pudo Augusto limitarse siempre á esta cifra, pues no era raro que un aumento en el precio le obligara ó inclinara á hacer extensiva á mayor número de personas la distribucion barata ó completamente gratuita de granos; distribucion que en ciertas circunstancias iba acompañada de donativos en dinero, pues motivos políticos obligaron á este príncipe á hacer al pueblo regalos de cierta importancia en dinero, en los momentos mas críticos de su vida, especialmente cuando trataba de ir completando su poder.

Augusto, en determinadas circunstancias sabia oponerse con energía á ciertas exigencias impertinentes, pero no podia excusarse de proporcionar á su costa diversiones y espectáculos al pueblo, pues era indudable que el medio mas seguro para el principado de granjearse la voluntad popular era dar brillantes espectáculos de todas clases. Durante mucho tiempo Roma juzgó del mérito de los emperadores por su mayor ó menor arte en preparar aquellas diversiones del pueblo, y al decir Roma incluimos tambien á las personas de cierta posicion.

Así sucedió que el pueblo romano llegó á expresar sus mas altos deseos en las palabras: *Panem et Circenses*, considerando que el pan y los juegos no eran ya un presente del gobierno, sino un derecho del pueblo. Cada gobierno nuevo debia continuar la tradicion de su antecesor, y los mejores emperadores lucharon con los peores en la brillantez é importancia de tales «juegos.» Augusto mismo sobrepujó á sus antecesores por la frecuencia, variedad, novedad y brillantez de sus espectáculos, parte de los cuales los dió en su nombre y en el de sus nietos, y parte por medio de otros magistrados cuya situacion de fortuna les impedia cumplir con esta obligacion. Augusto dió ocho veces juegos de gladiadores, en los que tomaron parte diez mil combatientes; tres veces lucha de atletas; veintisiete juegos propiamente dichos, especialmente carreras de carros en el circo; y veintiseis veces lucha de fieras, en las que fueron muertas mas de tres mil quinientas fieras africanas. Hay que añadir las grandes fiestas seculares que se daban cuando principiaba un nuevo siglo para la ciudad, fiesta que, segun una cuenta para nosotros incomprendible ó caprichosa, cayó el año 17 antes de J. C., y las festividades para la consagracion de un templo á Marte Ultor, prometido por Augusto antes de la batalla de Filipos, y que por fin pudo consagrar dos años antes de J. C. En esta última ocasion, entre otras diversiones se celebró un simulacro de combate naval en un lago situado en los jardines de César y alimentado por el Tiber, cuyas dimensiones eran de mil ochocientos piés de largo y mil doscientos de ancho. En dicho simulacro tomaron parte treinta buques de tres órdenes de remos, y treinta mil combatientes que figuraron como persas y atenienses.

Era, pues, natural, dadas tales circunstancias, que durante el imperio creciera y se desarrollara esta tendencia cruel y corrompida de la civilizacion romana, formando uno de los principales elementos de las costumbres de los romanos, no solo en la capital sino en las principales ciudades del imperio. Los juegos del circo los encontramos aun mucho despues en la metrópoli de Oriente, sobreviviendo al cambio de pueblos y aun á la inmensa modificacion moral producida en la antigua sociedad por el cristianismo. Estos juegos, tales como los del anfiteatro, las luchas de gladiadores y otros ejercicios análogos, tomaron cada día mayor importancia durante el imperio, adquiriendo gran desarrollo su estudio técnico y prestando rico campo á la actividad del arte decorativo de los antiguos. Estas fiestas ruidosas, espe-

cialmente las del circo, tenían cierta importancia política. Por una parte el espíritu de partido, que desde la desaparición de la oposición republicana y antes de presentarse las luchas dogmáticas, empezaba a tener falta de motivos para exhibirse, se exaltó con una pasión incomprensible para nosotros los modernos, con motivo de los distintos colores de las carreras. Se formaron sociedades de capitalistas de la clase de caballeros que se encargaron de proporcionar y equipar los tiros y los carruajes; así, cuatro sociedades presentaron cada una un tiro y una carroza, adoptando cuatro colores distintos para los carros y los conductores, colores que dieron nombre a las facciones ó partidos. En los últimos tiempos de la república se distinguían el partido rojo y el blanco, el azul y el verde; y ordinariamente se aliaban el blanco con el verde y el rojo con el azul. Todas las clases de la sociedad romana tomaban partido con gran apasionamiento por una de aquellas facciones. De generación en generación, —sobre todo desde que Calígula y sus sucesores tomaron parte en tales competencias,—aumentóse esta pasión con creciente embrutecimiento del pueblo, el cual repetidas veces se entregó en el circo á luchas tumultuosas y aun sangrientas. Por otra parte estos espectáculos sustituyeron, de un modo agradable para las masas de la capital, á la vida pública, que había desaparecido desde la limitación política de los comicios y la desaparición de las antiguas «asambleas del pueblo.» Los emperadores, y en primer lugar Augusto, que raras veces faltaban al circo, exigían de los empleados, senadores y caballeros y aun del pueblo, que se presentaran en el traje de su empleo ó bien con la vestidura oficial de los romanos, esto es, la toga, y al mismo tiempo querían que se observara una etiqueta muy pesada, en cambio de lo cual mostraban la mayor indulgencia y condescendencia respecto de las tendencias, deseos y súplicas francamente expuestas por el pueblo romano. Augusto había adornado mas aun el anchuroso y espléndido circo poniendo en el centro un obelisco egipcio (hoy día se halla en la *Piazza del Popolo*). Respecto de los gladiadores, había ordenado Augusto que no se dieran aquellos espectáculos en los que el perdón del luchador herido dependía del pueblo y se hacia durar la lucha hasta que uno de los combatientes quedase en el sitio. El primer verdadero anfiteatro para estas luchas lo hizo construir César, de madera, el año 44, y el primero de piedra lo hizo edificar Estalio Tauro, en el año 29 antes de J. C. Ante la gran afición que se mostraba hacia esta clase de espectáculos, cuyos actores excitaban en sumo grado el interés y la fantasía de todas las clases sociales, se aumentó el número de gladiadores, para los cuales los emperadores fundaron escuelas en Capua, Rávena y Alejandría, y desde Calígula en Roma misma. Ya no eran gladiadores tan solo los esclavos, prisioneros de guerra ó criminales sentenciados á muerte, sino que había entre ellos un buen contingente de ciudadanos libres. La fascinación era tal, que aun sin contar aquellos casos en que los emperadores daban el ejemplo, muchos jóvenes pertenecientes á las dos clases superiores se rebajaban hasta el punto de cultivar el arte de los cocheros del circo, y bajaban á luchar en la arena; y hasta algunas damas romanas no rehuían dar tal espectáculo, lo cual hace suponer que debía de existir un poder seductor en el escenario, en la ostentación de las carreras y de las luchas y en la alegría de todas las clases sociales colocadas en las gradas del circo y del anfiteatro que hiciera olvidar todas las reglas del decoro.

La curiosidad hacia inventar nuevas especialidades en estos salvajes y sangrientos espectáculos, que solo podían hacerse posibles y soportables por el poder de la costumbre de considerar á los esclavos, á los criminales y á los priso-

neros de guerra como cosas y no como personas. Despues hablaremos de las naumaquias ó imitación de los antiguos combates navales por medio de gladiadores, criminales y esclavos; pero donde se hizo mas patente la corrompida civilización de los romanos fué en las luchas de fieras. Es verdad que en un principio la matanza considerable que se hacia de fieras de todas clases procedentes de los bosques de Africa y de Asia para tales espectáculos contribuyó, especialmente en Africa, á que se ganaran para el cultivo grandes extensiones de terreno expurgadas de fieras; pero desgraciadamente, pronto no se contentaron los romanos con que se cazaran y se domesticaran dichos animales, sino que se contrajo la cruel costumbre de hacer destrozarse en la arena por las fieras á los criminales sentenciados, y se llegó al extremo de dar el carácter de escenas de teatro á tales ejecuciones. Sirviéndose con preferencia de las fieras como de verdugos, se procuraba imitar en los criminales todas las muertes mas curiosas de personajes históricos ó mitológicos.

La costosa ejecución de estos espectáculos, cuando no corrían á cargo del emperador ó á lo menos no contaban con su ayuda, empeoraba mucho la situación económica de los romanos de la clase senatorial, que desde tiempos remotos se veían obligados á darlos al revestir una de las magistraturas superiores. Ya puede comprenderse de qué manera debía contribuir á la desmoralización del mundo antiguo que se hallaba bajo la influencia romana el continuado goce de tales espectáculos. La antigua religión, cuya fuerza moral había sido siempre muy limitada, apenas podía considerarse como elemento moderador, pues que los restos de las creencias en los dioses del Olimpo romano ó griego y en sus instituciones, como el oráculo, se hallaban entonces mas combatidos que lo habían estado en tiempos anteriores y lo estuvieron en los posteriores. ¿De qué utilidad podía ser el que Augusto se ocupara con gran celo en cultivar la parte exterior de la religión romana, edificando templos, reconstruyendo los antiguos y derruidos, restableciendo costumbres olvidadas y renovando el esplendor de los colegios sacerdotales, si las capas superiores de la sociedad se hallaban minadas por las ideas epicúreas, ó las de la moral estoica, viendo solo en el culto existente una institución política, mientras que las masas prescindían cada vez mas del culto religioso y del ceremonial? ¿De qué servía ante la creciente desmoralización el que Augusto procurara, ayudado por los escritores y poetas amigos suyos, convencer á los romanos de que debían cultivar la religiosidad, la sencillez y la nobleza de las costumbres? Sin embargo, no puede negarse que la conducta personal de los distintos emperadores, así como la de su casa y corte cuando fué noble, sólida y prudente, influyó en algun modo todavía sobre sus contemporáneos.

En tales circunstancias, las distintas leyes que publicó Augusto para corregir ciertas faltas de moralidad de la sociedad romana perjudiciales al Estado, solo pudieron obrar de un modo incompleto. No desconoció que la inmoralidad que se le presentaba mas manifiesta en las clases altas podía contenerse ennobleciendo y mejorando la vida de familia; pero precisamente esto era mas difícil de obtener en la capital que en ninguna parte. Y aquí podemos hacer notar que la extraordinaria duración del imperio fué debida en gran parte á que las nuevas provincias conquistadas bajo el reinado de Augusto, especialmente las de la frontera del Norte de Europa, ofrecieron un material étnico que sirvió de núcleo para dar origen á una raza romana secundaria muy inteligente.

En Roma se esforzó principalmente Augusto en disminuir el extraordinario lujo y el rebajamiento personal de las clases

altas, en combatir la tendencia al celibato, fatal para la conservación de la raza, y finalmente en oponer en lo posible enérgica resistencia á la degeneración étnica de la estirpe romana, tentativas á las cuales en general se le opuso una resistencia pasiva. En el año 22 antes de J. C., tuvo que prohibir á las mujeres é hijos de los senadores que salieran á las tablas como bailarines en las representaciones mímicas y en el año 18 hizo la tentativa de reprimir la depravación de las costumbres por medio de leyes restrictivas. Publicó una ley suntuaria, destinada á combatir el lujo y la prodigalidad en los adornos femeniles; despues otra *De adulteriis* contra el adulterio y otras faltas, castigándolas, no solo con grandes multas, sino tambien con el destierro de los culpables á una isla lejana. En cambio hasta el año 9 de la Era cristiana no pudo publicar la ley Papia Poppea, destinada á desterrar la incurable costumbre de los romanos de divorciarse; costumbre que había tomado gran incremento, convirtiéndose en fuente de toda clase de excesos, á causa de los horrores de la guerra civil y de la disposición egoísta é indiferente de los romanos respecto de las obligaciones y cargos de la vida de familia y de los altos intereses de la patria. De verdadera utilidad y eficacia fué una de las disposiciones de la ley, en la que se hacia posible el matrimonio legítimo entre los ciudadanos libres y los libertos (á excepcion de los senadores y sus familias). La ley de matrimonios, rica en disposiciones de extraordinaria severidad, imponía á los romanos el deber de casarse, para dar hijos al Estado. El célibe, que ya ocupaba un lugar inferior en el derecho público para desempeñar cargos honoríficos, se vió por esta ley excluido de todas las herencias que no fueran de sus parientes mas próximos, mientras que los casados sin hijos solo podían aceptar la mitad de la herencia ó de los legados que les dejaran. En cambio el casado que tuviese hijos debía ser preferido terminantemente para los honores y los empleos. Además, el tener cierto número de hijos libraba de determinadas cargas, entre otras de la obligación de aceptar tutorías y de desempeñar el cargo de jurado. Ningun hombre libre podía casarse con una mujer que llevase ó hubiese llevado una vida escandalosa. Limitóse con ciertas formas obligatorias la arbitrariedad que reinaba en los divorcios, declarando no válidos y teniendo un nuevo casamiento por criminal siempre que no se hubiesen observado aquellos requisitos.

Tambien fueron eficaces ciertas medidas que tomó Augusto respecto de los esclavos. Es verdad que en principio no cambió su situación legal y solo en tiempos de Adriano se publicaron leyes enérgicas que cambiaron su modo de ser; cierto tambien que continuó existiendo el antiguo derecho de vida y muerte de los señores respecto de los esclavos, y que tampoco se anuló una disposición cruel é injusta, provocada por el miedo al gran número de esclavos y á sus tumultos en los últimos tiempos de la oligarquía, esto es, que en caso de muerte de un dueño por sus esclavos, murieran todos los servidores de la casa; pero en cambio influyó Augusto de un modo duradero en que se les tratara con mas humanidad, poniéndoles en ciertas circunstancias bajo la protección imperial; prohibió á los dueños que hicieran luchar á sus esclavos con las fieras sin permiso del municipio y al mismo tiempo nombró un empleado ante el cual podían exponer los esclavos las quejas que tuviesen respecto de malos tratamientos, mala alimentación ó exigencias inmorales. Por otra parte, el emperador puso límites á la mezcolanza de la ciudadanía romana, consecuencia de haberse concedido la libertad á gran número de esclavos extranjeros, ya fuese por medio de testamento ó por motivos á cual mas fútiles. Varias leyes publicadas por Augusto (en los años 4 á 9 de la Era cristiana), pusieron estrechos límites á esta práctica

sometiendo á un exámen la edad y méritos del esclavo á quien se había concedido la libertad, y la edad de su dueño, así como los motivos que habían dado lugar á la emancipación. En los testamentos no podía declararse libre mas que á un determinado número de esclavos.

Existía todavía un ramo en que se puso de manifiesto de un modo imponente la infatigable actividad del primer emperador de los romanos, y fué la *fisonomía arquitectónica de la capital*. Todo el botín y todas las riquezas que afluyeron á la ciudad del Tiber en los tiempos de la república, y todos los edificios grandiosos é imponentes que se habían levantado en Roma, no habían podido convertirla en una ciudad bella. Las fatales consecuencias de la rapidez con que habían tenido que hacerse las nuevas construcciones despues de la antigua destrucción céltica no habían podido corregirse; la acumulación de gente había obligado á construir barrios extensos con calles muy estrechas y casas de una elevación considerable, y hasta la época de Pompeyo era corto el número de edificios públicos lujosos. Durante la dominación de Pompeyo había cambiado algo el estado de las cosas y varios edificios particulares competían en grandiosidad y elegancia con los edificios públicos; pero César fué el primero que como emperador empezó á desarrollar un plan vasto y sistemático. Derrribó los antiguos muros de la ciudad hacia el lado del campo de Marte; puso en comunicación directa y cómoda el Foro y el Campo de Marte por el lado Norte del Capitolio; y abrió despues á la edificación todo el Campo de Marte, construyendo otro en los prados del Vaticano. Por la parte sur del Capitolio parece que tambien intentó libertar á la capital de sus cadenas; pero poco fué lo que realizó por aquel lado. La principal obra que hizo en este sentido fué el *Foro Julio*, que sirvió como modelo para edificios análogos del tiempo del imperio que sirvieron para los asuntos del derecho civil y del comercio. El Foro Julio estaba situado en las inmediaciones del antiguo y vasto Foro romano, mercado central de la ciudad; en el centro había un templo con la imágen de la mitológica fundadora de la casa Julia, Venus Genetrix. Grandes patios rodeaban la basilica Julia, destinada á la administración de justicia, y todo el edificio se hallaba protegido por fuertes muros. Tambien fué César quien mandó construir el poderoso pórtico que rodeaba el gran circo.

Augusto por su parte siguió el ejemplo de su padre adoptivo. En conjunto, es de importancia el mencionar que en la administración de los asuntos urbanos unió los cuatro distritos de la antigua ciudad con los arrabales situados extramuros, centralizando todos los servicios incluso el de la seguridad y dividiendo la población en catorce nuevos distritos. Al mismo tiempo impulsó mucho la edificación, si bien tampoco pudo modificarla de un modo considerable, continuando las calles estrechas y las casas demasiado altas hasta el incendio de Neron, aunque trató de limitar la altura de los edificios por la parte de la calle á sesenta piés. Contribuyó sin embargo, directa é indirectamente, al embellecimiento de la capital, que «de una ciudad de ladrillo debía convertirse en una ciudad de mármol.» El restablecimiento de la paz, la acumulación de gente en la ciudad y las excitaciones de Augusto hicieron que las familias ricas y poderosas se apresuraran á construir brillantes casas particulares y palacios. Augusto y Agripa, el hombre práctico y aficionado á construir, que probablemente hizo levantar el plano de la ciudad, trabajaron aun con mucha mayor energía respecto de las construcciones públicas y edificios monumentales. El emperador, además de levantar muchos edificios de utilidad práctica, se ocupó en mejorar y restablecer los edificios medio derruidos, cuidándose con preferencia de los templos. Entre sus nuevas construcciones ya hemos tenido ocasion de hablar